

Amor, audacia y desventura

Rafael
Moreno

Antes de venirme a trabajar a la capital, mi vida era un sólo abrir de ojos y escuchar al abuelo be-rrear para que me levante pronto y le trabaje la chacra. Estaba tan cansado de vivir con el abuelo, allá en la provincia de Trujillo, tan cansado de soportar sus insultos, sus recomendaciones, sus latiga-zos, que un día me levanté con el alba y lo dejé solo para siempre con su chacra. Así fue como me vine a trabajar a Lima. Todos en mi pueblo decían que la ciudad es-taba plagada de fábricas y demás fuentes de trabajo. Yo no sabía muy bien si todo eso era cierto, se-ñor juez, pero igual me vine deci-dido a abrirme camino por cuenta propia, sin pedir favor a nadie, co-mo el buen enano que soy.

¿Qué dice Ud.? ¿que no le in-teresa en absoluto escuchar mi his-toria? ¿que Ud. me ha mandado arrestar para que rinda cuenta de mis actos a la justicia? ¿que hable de esos cuatro golpes casi mortales que le propinara a Viterbo en la cara?.

No señor juez, felizmente eso no fue así. Sucede que me hallaba sin trabajo y con un atraso alimen-ticio de varios días cuando me em-pleé como carga maletas de un ho-telito sombrío y desvencijado, con unas tejas destartaladas que pare-cían venirse al suelo con los vien-tos del invierno. Allí me topé con toda clase de gente, señor juez, desde borrachitos empedernidos hasta riquísimos traficantes de te-la. Y a fuerza de tanto subir y ba-jar las escaleras me hice una joroba monumental, que fue tomando di-mensiones alarmantes en la medi-da que se iba prolongando hasta el cuello, señor juez. Luego me ata-caron los dolores en el abdomen, la cadera, y en las piernas también

señor juez, poco a poco me fui convirtiendo en un verdadero estropajo humano. Por eso fue que deserté del trabajo. No me mire así señor juez. Ya sé que Ud. quiere que yo vaya al grano, que vaya de frente al punto. Pero sucede simplemente que en esta historia no hay granos ni puntos que valga la pena escuchar como hechos aislados, señor juez. Los sucesos se fueron hilvanando de la manera más antojadiza. Así, me metí de obrero en una fábrica mugrienta, que más que un centro de trabajo, parecía ser un salón de patinaje. Todo el santo día me la pasaba enroscando tubos y más tubos, o soldando alambritos, señor juez, hasta que sonaba el gon de la salida y no tenía otro pensamiento que ir a mi casita y tirarme a la rica cama.

¿Qué? ¿que Ud. no me ha mandado arrestar por trabajar en una fábrica, sino por cometer actos delictivos en contra de la integridad y moral de un ciudadano?.

Sí, sí, correcto, pero fíjese Ud. qué coincidencia. A los pocos meses de trabajar en la fábrica, colocó el patrón una ánfora enorme en el centro del local, con el objeto de elegir al nuevo capataz. El candidato para dicho puesto era un cerdo llamado Batillas, al cual yo le tenía una antipatía sobrenatural. De uno en uno nos acercamos al ánfora, y yo, con una suerte perra para variar, resbalé por la grasa y dejé caer mi papelito con su gigantesco NO. El cerdo Batillas me clavó una mirada fulminante, señor juez, pero yo en cambio me destornillé de la risa con dicho tropiezo democrático. Una vez realizado el conteo, el cerdo Batillas perdió el puesto por un voto, y desde entonces anduve fregado en la fábrica, señor juez Meses des-

pués, ante el constante reclamo del cerdo Batillas, se realizó nuevamente la votación, y salió elegido por aplastante mayoría.

¿Qué? ¿que las maniobras realizadas por el cerdo Batillas para procurarse dicho trabajo, le tiene sin cuidado? ¿que Ud. me ha mandado arrestar por violar los derechos humanos?

Ah... los derechos humanos, señor juez, los derechos humanos, esa es la palabra que desde hace un tiempo ando buscando. Sin esa palabrita el cerdo Batillas, feliz con su puesto de mandón, me andaba gritando todo el día: empleado Gutiérrez, más cuidado con los tubos. Empleado Gutiérrez, fíjese bien donde demonios guarda el soldador. Empleado Gutiérrez, ayude a descargar el nuevo material. Empleado Gutiérrez, suba rápidamente al segundo piso. Empleado Gutiérrez, suba rápidamente al segundo piso. Empleado Gutiérrez... Y así, señor juez, me hacía la vida imposible. Una vez le dijo al patrón que yo era un enano feo e incompetente. Ah, eso sí que no señor. Admito que la estética no se llevó nunca bien conmigo, pero lo de incompetente... eso es tan falso como que yo me llamo Pedro Miguel Bustamante DE LA Luna y Arismendi, señor juez. Habráse visto tamaña mentira: nadie sabe enroscar esos tubos, ni soldar esos alambritos tan rápidamente como yo. Sucede simplemente que me guarda un rencor dolido en su pecho de ballena. Por eso es que hablaba así, por eso es que me insultaba y me daba vueltas todo el santo día...

Bueno, señor juez, aquí comienza realmente mi historia. A los dos años de trabajar en la fabri-

ca, luego de mucho trasnochar, comprendí que esta vida no valía ni un pedacito de pan si no se tenía una mujercita que por las noches le dé de besitos a uno. Ud. comprenderá señor juez, uno también tiene su corazoncito que le late al costadito, uno también tiene su derecho de casarse, de crear su familia, de abrirse un huequito con alguien. Por eso decidí colocar un anuncio en el diario de la tarde, solicitando una mujercita con iguales condiciones físicas a las mías, de tal a tal edad, con mi dirección y todo, para celebrar pronto casamiento.

¿Qué dice Ud.? ¿que hasta ahora no le he dicho exactamente nada? ¿que me repite Ud. que me ha mandado arrestar para ventilar un acto de violencia? ¿que me va a mandar de vuelta al calabozo sino resumo en tres palabras tanta palabrería?

No, no, señor juez, Ud. se equivoca por completo. Esto es real, no es palabrería, todo sucedió como una cadena de acontecimientos. Primero fue una mujercita horripilante la que tocó mi puerta. Luego otra y otra. Una mujercita también horripilante con cara de ir buscando algún huevón que la mantenga.

¿Cómo? ¿que está terminantemente prohibido proferir lisuras en la sala?

Oh, disculpe señor juez, pero yo ni loco que les abría la puerta. Las observaba nomás y me reía de mi mala suerte, hasta que llegó una preciosura que daba ganas de abrirle la puerta y tirarla de ipsofacto a la cama, así como quién ha cruzado todo el desierto del Sahara y de pronto se topa con un vaso

de agua. . . De modo que le abrí la puerta y nos casamos al día siguiente. ¡Eso sí que era vida señor juez! Se llamaba Anita y que piernitas, que brazitos de juguete, con una carita de ratona y todo. Los primeros días fueron de una armonía nada común, señor juez entre besitos y caricias convencionales veíamos llegar el alba con los cuerpos entrelazados y sudaditos. Pero luego sacó a relucir un genio endemoniado y dale que dale conque mi chamba era una porquería con tendencias masoquistas, señor juez. Dos días después, se compró el periódico de la tarde y leyó en voz alta que se necesitaba gente extremadamente baja para montar fructífero espectáculo con paga estimulante, señor juez. Apenas terminamos de leer lo de la paga estimulante, salimos corriendo dirección en mano hasta el local. Allí nos recibió una manada de perros enormes, y no tuvimos más remedio que subirnos al techo de un carro que andaba estacionado por allí. Luego salieron unos mocosos que se arañaban de la risa, señalándonos con sus dedos. Acto seguido, y felizmente salió de una casa vecina un señor arrapastrosamente mal armado y mediante una serie de gritos poco contables metió a sus salvajes con perros y todo.

¿Que ya no me tolera una más? ¿que vaya al grano? Ud. se equivoca nuevamente señor juez, en esta historia no hay granos que valgan. Todo fue sucediendo de a pocos. Entramos a la casa y allí nos atendió un señor de pelo blanco y de apariencia poco recomendable para los trabajos fructíferos. Se trataba de un espectáculo que consistía en varios números, donde el de los enanos parecía ser el de mayor importancia. Allí, a

nuestro costado, habían tres enanos más. Habló de la paga, veinticinco mil soles por cabeza exactamente. Una barbaridad de plata señor juez, si Ud. lo multiplica previamente por dos y lo compara con el ridículo sueldo que percibía anteriormente en la fábrica. Ni hablar, lo tenemos de inmediato sin discutir siquiera los pormenores del caso. Y aquí comienza realmente mi tragedia, señor juez, mi triste historia, la que no tiene fin, la que nunca pidió favores a nadie sino tan sólo un trabajito que me permita vivir decentemente, como el buen enano que soy. . .

¿Qué? ¿que me metan al calabozo?

No, no, pare Ud, señor policía. Ud. también pertenece a esa clase de gente que no pide favores a nadie sino tan sólo un trabajito que le permita vivir decentemente, como el día que fui por primera vez a ensayar la obra, señor juez. Allí estaba parado el desgraciado de Viterbo. Sí, sí, escúchelo bien señor juez. Allí estaba parado y era un solo de ojitos teledirigidos a Anita. Le guiñaba el ojo, le movía la jeta, y pasaba rozándola cuando me creía ocupado en memorizar mi papel, señor juez, mi estúpido papel. Bien imbécil me sentía: yo ensayando la obra, y el dale que te dale sobre Anita.

¿Qué? ¿que por qué no puse las cartas sobre la mesa?

Claro que las puse señor juez, pero primero fui a la fábrica para presentar mi renuncia, y pedirle al patrón que me pagara la indemnización que me correspondía obtener por mis dos años de servicios. Pero fíjese Ud. señor juez, fíjese Ud. qué ingrata es la gente. Prime-

ro el patrón, para no desembolsar el cheque, me quiso retener exaltando mis condiciones de buen enrosgador y soldador de la fábrica. Pero viendo que mi decisión era absolutamente irrevocable, me firmó en cheque a la mala y se paró en la baranda de su oficina, y le gritó al cerdo Batillas que yo era un ingrato, que los abandonaba para siempre, que ya no se podía confiar en nadie, que había pasado meses de meses enseñándome el manual del buen soldador, para qué, para que ahora nos abandone sin más ni más. . . De las escaleras de la oficina emprendí veloz carrera hasta la puerta del local, teniendo relativa suerte, señor juez, ya que sólo el cerdo Batillas me alcanzó un escupitajo en la frente.

Bueno, Ud. podrá ya imaginar lo que es para un individuo pobre como yo, tener derrepente setenta mil soles en la billetera. Una barbaridad de plata, señor juez. Le compré como cinco vestidos a Anita, cuatro carteras, tres pares de zapatos. Un dineral en ropa. Pero a mí eso no me importaba, señor juez, yo siempre he sido un hombre generoso; además de todo la amaba, señor juez, y esos gastos no representaba para mí sino una demostración más de afecto. Luego la llevé a bailar, a comer a los mejores restaurantes, pero al cabo de unos días tuvimos que reincorporarnos forzosamente a los ensayos de la obra, señor juez. Y allí estaba parado siempre Viterbo, ese desgraciado; rozándola, guiñándola, y hasta un día tuvo el descaro introducirle un poemita en la cartera, donde decía que el era el capitán de las noches azules, señor juez, pues tocaba con la espada a sus puertas de cristales. . . Nosotros recién nos venimos a dar con el papelito en casa, señor juez.

Anita se estremeció todita, aunque quise barajarla diciendo que era un pobre desgraciado. Pero yo no té en sus ojos como una especie de agüita encantada, señor juez, esa aguita que brota sin querer desde lo más hondo del alma. . .

Al día siguiente quise matarlo, señor juez, pero no hice nada. Viterbo no dejó de hacerle ojitos teledirigidos, ni de rozarla cuando podía. Hay que reconocer que era guapo el Viterbo, y fuerte como una roca, pero igualmente un desgraciado, señor juez, y eso me bastaba para desearle la muerte. Un día, y aquí comienza realmente la historia que Ud. tanto quiere escuchar, me mandaron a comprar galletitas a la bodega de la esquina. Y yo fui inocentemente, señor juez, sin pensar siquiera en la escena que se iba a cocinar allí en la casa. Cuando volví, Anita y Viterbo se besaban apasionadamente en un sofá que había detrás de la sala. Me deslicé por los corredores sin hacer el menor ruido, y me instalé detrás del sofá. Acto seguido los derribé estrepitosamente con el hombro, y le encajé un puntapié perfectamente dirigido al mentón. Con el corazón en la boca le pedía Anita que se vaya conmigo, pero ella me mandó literalmente a la mierda, señor juez.

Había pasado una semana de la pelea, y no hacía más que llevarme tragos a la boca. Mi cuarto se convirtió rápidamente en un muladar. Dejaba las camisas donde me agarraba el sueño, los pantalones como felpudos al pie de las habitaciones y los vasos regados en el suelo. Nada me importaba señor juez; tan sólo esperaba el día del estreno para ir y masoquearme un momento a expensas de mi frustración.

Así, llegó el día de estreno, mostrando la sala un lleno total. Los números previos se fueron acabando. Primero fue un viejo que hacía bailar a una familia de gallinas mediante un silbido. Luego, otro viejo que insultaba a medio público asistente, desatando risas aprobatorias, hasta que llegó el número de los enanos. Las manos me temblaban, y todo mi cuerpo rebotaba sobre la butaca. Allí estaba Anita en escena, señor juez, sola y sentadita en lo que parecía ser la mesa de un bar. Luego entró el desgraciado de Viterbo y se sentó a su costado. No has traído tu equipaje, le decía el imbécil. No, respondió Anita, no puedo irme contigo Viterbo, nuestro amor es imposible, tú eres prófugo de la justicia, mis hermanos te matarían, amor, harían de tu cuerpo carnada para pescaditos. Viterbo reía, señor juez, reía y le decía que le tenía sin cuidado la venganza de sus hermanos. Luego de otro estúpido diálogo, se besaron apasionadamente, pero sin convencer al público asistente, hasta que Viterbo le desabotonó la camisa le introdujo la mano entre sus senos. Pornografía barata, señor juez, aunque todos allí aplaudían hasta el cansancio, por lo que yo me lavanté y grité que Anita no era actriz ni mucho menos, sino una puta interesada. Me precipité a trancos largos hasta el tabladillo, y allí le encajé una patada a Viterbo en el abdomen, luego otro en la cara y otro, hasta que recuperé el conocimiento, señor juez; créame que no estaba en mi sano juicio, tan sólo me hallaba en tinieblas.

¿Qué? ¿qué dice Ud.? ¿que eso se paga con plata y con varios días de cárcel?.

No, no, señor juez, Ud. no me ha entendido bien. Ese sujeto que agredió varias veces a Viterbo no era yo, era otro poseído por la cólera y los celos. Pero allí no termina la historia, señor juez. El público asistente se levantó de sus asientos y aplaudió hasta el cansancio. Anita, ante una seña del director, se recogió todita hasta abajo e hizo una venia de lo más graciosa, mientras que caía el telón y yo salía disparado del local, muerto de vergüenza.

¿Qué? ¿que este último a Ud. no le interesa?

Bueno. . . a Ud. no le interesará señor juez, pero a mí en cambio el director me fue a buscar a mi casa y me rogó que volviera, que practicara la pelea para el día de mañana, que ayer la gente había roto butacas en protesta por la tergiversación de la obra. Rápido parece que se pasaron la voz estos limeños. Pero a mí, señor juez, ni arrastras que me llevaban a contribuir con esa farsa. Yo soy un hom-

bre honrado, que no pide favores a nadie, tan sólo un trabajito que me permita vivir decentemente, como el buen enano que soy. . .

¿Qué? ¿qué dice Ud.? ¿que me lleven al calabozo?

No, no señor juez, oiga Ud. mucho cuidado, no sabe bien con qué historia está tratando, suéltense el brazo, qué se han creído, tengo un amigo en la corte suprema, él sacará la cara por mí, señor juez, juntos estudiamos en Trujillo, aunque yo pasaba más bien desapercibido, Ud. comprenderá señor juez, el abuelo no me daba tiempo para estudiar, todo el día quería que le trabaje la chacra, pero yo me escapé y me vine a Lima a trabajar, a abrirme camino por cuenta propia. . . le repito por última vez que me suelte el brazo, confío que me esté llevando a la calle y que sea Ud. tan amable de pararme un taxi. . . Hey. . . adónde me lleva. . . soy víctima de una equivocación. . .!